

LIBROS

Dra. Marianne O. de Bopp. *Schiller (desde México)*. Ediciones Filosofía y Letras. N° 1. Imprenta Universitaria. México 1955. 100 pp.

La Dra. Marianne O. de Bopp ha reunido, en homenaje al 150 aniversario de la muerte de Schiller, todos los textos referentes al poeta (traducciones, críticas, etc.) aparecidos en diarios y revistas mexicanas, del siglo XIX.

El libro está precedido de un prólogo de la autora y entre todos los trabajos recolectados merece especial interés el que, con el título de *Hombres y Mitos*, Guillermo Tell, publicara Manuel Gutiérrez Nájera en la *Revista Mexicana*, en 1885.

Las traducciones son en general de poemas, (en algunos casos hay varias de un mismo poema) y aunque éstas no sean siempre muy nobles permiten apreciar el interés que se tenía en la época, por la poesía de Schiller. Sin embargo, hay que hacer notar que no se tradujo ni su teatro, ni lo más representativo de su obra.

Algunas versiones han sido hechas directamente del ale-

mán, pero en su mayor parte han sido tomadas del francés. Fuera de las traducciones anónimas, podemos leer en este libro las de Gutiérrez Nájera, José Sebastián Segura, José M. Vigil, Federico Carlos Jens, M. Roa Bárcena, F. Cosmes, José González de la Torre y D. F. Vila.

ROBERTO MACLEAN Y ESTENÓS. *Sociología educacional en el antiguo Perú*. Imprenta Universitaria. México, 1955.

En este documentado y cuidadoso estudio, el Dr. MacLean y Estenós se ocupa de recoger los datos de las más fidedignas fuentes históricas para darnos una imagen cierta de los antiguos pueblos indígenas del Perú y, particularmente, de su estructura social en su inmediata relación con los problemas educativos y el estado de cultura de aquellas sociedades precoloniales.

El investigador nos revela así en qué forma actuaban el poder educativo del Estado y el de la familia y toca finalmente los distintos aspectos de la educación popular.

El trabajo del Dr. MacLean y Estenós cobrará actualidad

si se considera que, en algunos lugares de la América Latina, subsisten numerosos grupos indígenas cuyas condiciones de cultura son muy semejantes a las del antiguo Perú.

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA. *La ideología norteamericana sobre inversiones extranjeras*. Imprenta Universitaria. México, 1955. 190 pp.

El autor se propone en este libro hacer un riguroso examen del concepto norteamericano de las inversiones extranjeras, para revelar de una manera igualmente metódica las implicaciones sociales e intelectuales de la ideología que, en el país más poderoso de América, priva sobre la cuestión.

Tras una justa valoración de los ideólogos norteamericanos relacionados con este problema y después de consultar autorizados documentos y fieles datos sobre la materia, González Casanova concluye describiendo las inversiones extranjeras de los Estados Unidos como una medida que tiende a solucionar los conflictos económicos de esa misma nación: sobreproducción, subconsumo, sobreinversión, desempleo, acumulación de capitales, disminución de la tasa de utilidades, etc. Las inversiones son entonces una necesidad del país que invier-

te, pero, por diversos motivos, se presentan como una obligación moral del mismo.

Finalmente, el autor insiste en la importancia que tiene para países como el nuestro una visión equilibrada y precisa del movimiento inversionista.

Textos de Orozco. Con un estudio y un apéndice de Justino Fernández. Imprenta Universitaria. México, 1955. 162 pp.

Este libro comprende once textos del famoso pintor mexicano José Clemente Orozco. La *Autobiografía* del pintor no forma parte de la obra porque, a juicio de Justino Fernández, tal texto merece por su importancia una reedición especial. Aquí se intentó, como se anota en el apéndice "reunir más bien los textos menores que se encontraban dispersos en distintas publicaciones, así como algunas cartas de Orozco", y también algunas notas escritas por el propio Justino Fernández con el título general de *El taller de Orozco*.

El pintor, en estos breves escritos, nos brindó ágiles esquemas de su concepción artística y humana que servirán sin duda a los investigadores, y a las nuevas generaciones de profesionales de la pintura, para penetrar el sentido de la obra de Orozco.

E. L.

PRETEXTOS

Por Andrés HENESTROSA

EL 17 de febrero hizo un siglo de haber muerto Enrique Heine, aquel ruiseñor alemán que anidó en la peluca de Voltaire. Se cree que vivió 56 años. Se cree. Pero la verdad es que no se sabe a punto fijo cuando nació. La fecha aceptada como buena es la del día último de diciembre de 1800, pero no es remoto que Heine la haya dado sólo para jugar con el equívoco de que "era uno de los primeros hombres del siglo", pues él mismo daba otras fechas: diciembre de 97 y diciembre de 99. Lo que no hizo nunca fué explicar la razón última de tamaña mistificación. No importa. Lo que importa es que nació judío, un judío sui generis, es cierto, pero uno de los más grandes de esa raza extraña y desconcertante. Fué también un gran poeta que resiste el parangón con Goethe y con Schiller. La originalidad de Enrique Heine estriba en el modo cómico-serio de sentir, en la independencia de pensar y en la franqueza de expresarse. Su forma no revela —escribía Manuel González Prada— nada superior a Goethe ni a Schiller, aunque se manifiesta más armonioso que Tieck, más conciso que Rückert, más plástico que Uhland. Su poesía era un vaso de hiel con los bordes azucarados, agregó González Prada. Según palabras del propio Heine, su poesía contiene frenesí encaminado por la cordura, prudencia que desvaría, quejidos de moribundo que repentinamente se transforman en carcajadas.

No se trata, claro está, ni soy yo quien pueda hacerlo, de resumir en el espacio de este breve Pretexto el significado de Enrique Heine, sino solamente de recordarlo en el centenario de su muerte.

Aunque muy imitado en América, lo mismo en México que en el Perú, en Chile que en Argentina, todavía no se estudia con la debida extensión la influencia que Enrique Heine ejerció entre nosotros al mediar el siglo pasado, y un poco hasta los inicios del presente. El lector más modesto, si tiene

curiosidad por estas cuestiones, puede advertir su huella en la poesía y en la prosa de algunos de los grandes autores hispanoamericanos, lo mismo en Manuel Gutiérrez Nájera que en Ricardo Palma, pongamos por caso. Aunque se le tradujo poco, los escritores mexicanos lo citaban con frecuencia. Así Ignacio Manuel Altamirano que ejemplifica con él al hablar de la influencia de los escritores extranjeros en nuestro país y lo menciona al lado de Selgas, en lo que por cierto manifiesta una sorprendente semejanza con los juicios y las opiniones de Manuel González Prada, que quizá valiera la pena que alguno de nuestros estudiosos explicara. No ha dejado de leerse a Heine en México, ni de traducirse. El último que lo haya vertido al español, según creo, es Julio Torre que en 1918 publicó *Las noches florentinas*.

Enrique Heine se refiere varias veces a México y las cosas de México, a lo largo de sus libros. Su permanencia en España, la lectura de *El Quijote* que llevó a cabo en su niñez, así como su odio a soldados y tiranos —pese a su admiración por Napoleón—, quizá fuera la causa de que hubiera escrito el poema *Vitzliputzli*, inspirado en la deidad azteca. Altamirano —como ya está dicho— lo citaba con frecuencia en todas aquellas líneas que pudieran servirle para la afirmación de nuestra independencia política y literaria, y para afianzar en el alma mexicana la idea de que la conquista española, fué en más de un aspecto, un gran mal para nuestro pueblo. Heine escribió que Cortés "llevaba en su cabeza el laurel, y en sus botas brillaban espuelas de oro, pero no era un héroe, tampoco un caballero". Palabras que el maestro mexicano hizo suyas y glosó con aquella su luminosa pasión.

Tal vez fuera bueno que la Universidad Nacional pusiera en manos de los lectores mexicanos algunos de los libros del gran poeta que fué Enrique Heine.